

IRVING WALLACE
EL
HOMBRE



Como consecuencia a un insospechado accidente y en virtud de las normas constitucionales vigentes, un hombre de color ha sido proclamado presidente de los Estados Unidos de América.

He aquí el tema central de la que constituye con toda seguridad la novela política más apasionante y atrayente de la última década.

El lector se ve introducido en el mismo centro neurálgico de la Casa Blanca donde Douglass Dilman, hasta entonces un senador de raza negra casi desconocido, se convierte de la noche a la mañana en el jefe ejecutivo de la nación más poderosa de la tierra.

El hombre constituye una novela de ágil y profunda tensión dramática en torno a la dura lucha entablada por el presidente Dilman para permanecer fiel a su juramento frente a las graves crisis internacionales, las disensiones internas, la violencia, el escándalo y la feroz hostilidad de sus adversarios.

Una fascinante variedad de personajes aparece en la obra, hombres y mujeres de todo tipo y condición, cada uno de los cuales se enfrenta con una coyuntura personal definitiva y crucial, en tanto sus vidas convergen progresivamente hacia la figura de *El hombre*, el Presidente Negro.

Al igual que en *El premio Nobel* –la obra que le dio fama internacional–, Irving Wallace combina de manera apasionante la ficción y la realidad.

*Dedicado a
Sylvia, David y Amy
con amor*

Entre los objetos de su propiedad que el autor de esta obra aprecia mayormente, se cuenta un manuscrito autógrafa original, escrito con firmes trazos sobre un papel rayado de mala calidad y firmado por un antiguo esclavo negro que llegó a ser un gran reformador, conferenciante, escritor, consejero del presidente Abraham Lincoln, embajador de los Estados Unidos en Haití y candidato, en 1872, para la vicepresidencia de los Estados Unidos por el partido que defendía la igualdad de derechos. El texto del manuscrito es como sigue:

En una nación diversa como la nuestra, formada por casi todas las variedades de la familia humana, no deberían existir ante la ley ricos ni pobres, altos ni bajos, negros ni blancos, sino una sola patria, una sola ciudadanía, derechos iguales e igualdad de destino para todos.

Un gobierno que no quiera o no pueda proteger al más humilde de sus ciudadanos y amparar su derecho a la vida, a la libertad y al logro de la felicidad, debería ser reformado o derrocado sin demora.

FREDERICK DOUGLASS

Washington, 20 de octubre de 1883.

CAPÍTULO PRIMERO

De pie en la fría oficina, en aquella hora intempestiva en que ya no era de noche pero aún no era de día, ella se sentía aprensiva y nerviosa. «¿Por qué será?», se preguntó; mas su memoria descubrió al instante la razón de su preocupación y adivinó la causa de aquella inquietud.

Desde los días de su infancia, transcurridos en la moderna granja de las afueras de Milwaukee, Edna Foster recordaba que sus severos progenitores, de origen alemán, le inculcaron el respeto a la constancia, la firmeza y la puntualidad, entre otras virtudes. Cuando la asaltaban juveniles sueños de aventuras, su solemne y bigotudo padre, gran lector de almanaques y libros repletos de útiles citas, repetía al pie de la letra la frase de un autor cualquiera, cuyo nombre, según Edna sospechaba, su padre citaba raramente, para que de este modo la austera homilía pasase por suya. *Gott im Himmel!*^[1], exclamaba el autor de sus días, elevando los ojos al cielo como si se dirigiese a su Dios luterano, que lo miraba aprobador, «quiere aventuras, aventuras románticas». Después, fulminando a Edna con la mirada, recitaba las sabias palabras de un autor desconocido: «Las aventuras son muestra de ineficacia. Los buenos exploradores no las tienen».

Según ella pudo conjeturar mucho más tarde, su padre contaba con la aprobación de su Dios por haber sabido prever y desbaratar las tentaciones del diablo luterano con tanta meticulosidad. El diablo paterno seducía a los débiles y a los pecadores, no con los triviales pecados de la inmoralidad y la iniquidad, sino con los pecados de la

irregularidad y la confusión, que eran propios del siglo XX. Como consecuencia de la previsión paterna, los años de formación de Edna Foster estuvieron limitados por disciplinas tangibles: el despertador junto a la cabecera de la cama, la lista de gastos en el cajón del escritorio, el horario en la pared de la cocina.

Estas rígidas lecciones dieron su fruto cuando Edna asistió escuela comercial de Chicago, durante sus primeros empleos de secretaria en Detroit y Nueva York, y especialmente cuando entró a trabajar para E. J. —sí, ya le nombraban por estas iniciales, las de «El Jefe», cuando no era más que senador— en el antiguo edificio del Senado de Washington. En una carta larguísima, cosa rara en él, y casi indescifrable, su padre la felicitó por su nuevo y prestigioso empleo oficial, saludándolo como un triunfo previsible, teniendo en cuenta la educación que había recibido.

Tan sólo después de las muchas cosas que ocurrieron a su jefe, cuando E. J. fue nombrado candidato presidencial, sólo después de la agotadora y emocionante campaña y la embriagadora noche de las elecciones, únicamente después de todo esto, cuando entró en la Casa Blanca en seguimiento de E. J., armada con sus cuadernos de taquigrafía y su caja de Kleenex, Edna comprendió que las espartanas normas que su padre le había inculcado empezaban a causarle dificultades. Como ella sabía muy bien, E. J. la encontraba indispensable, a causa de su eficiencia. Pero lo que él no suponía era que su secretaria sólo sabía mostrarse eficiente cuando podía ser metódica. Pero el nuevo empleo parecía hallarse poseído ya desde el primer día por el viejo diablo luterano, al que ningún tintero podía ahuyentar. La oficina de la secretaria particular del presidente estaba embrujada por un mobiliario propio de la casa de Tócame Roque: relojes de trece horas, calendarios con meses de treinta y dos días, interruptores que no apagaban las luces, o así se lo parecía a Edna.

La joven se hallaba muy orgullosa de su empleo de secretaria particular del presidente de los Estados Unidos, que desde hacía poco tiempo consideraba como una posición y no un trabajo, y creyó a pies juntillas la afirmación de George Murdock, que la hizo reír complacida, cuando le dijo, después de tomarse su segundo martini en el bar de Duke Zeibert: «Edna, si la esposa del presidente es la primera dama de la nación, entonces tú eres la primera secretaria de los Estados Unidos». Una de las cosas que le gustaban de George Murdock era la manera como daba la vuelta a los hechos más vulgares, para presentarlos bajo una nueva luz, lo cual se debía, sin duda, a su formación periodística. Pero aquel empleo –no, posición, como George le recordaba sin cesar– también tenía sus cargas, según ella explicaba a veces a George, aunque no podía revelarle la peor de ellas, la que resultaba más desconcertante para una persona de sus principios porque entonces él la consideraría, quizás, inflexible y ordenancista, y por consiguiente poco atractiva.

La peor carga de todas, se dijo para sus adentros, era la *urgencia*.

Ya lo había sido en la granja de Wisconsin. Los pasos del mensajero de la Western Union que se acercaban por el camino, la voz débil y lejana de la telefonista encargada de las conferencias interurbanas, siempre habían significado urgencia, y ésta era el enemigo del orden, de la paz y la seguridad. Este enemigo y sólo éste era el que había conseguido alterar invariablemente la compostura de su padre y mermar su autoridad; su amenaza la había asustado entonces y seguía asustándola a la sazón. Y precisamente ahora, ella, precisamente ella y nadie más, ocupaba el único empleo –no, la única posición– en que la urgencia era el visitante habitual de todas las semanas, aunque para Edna siempre era un visitante inesperado que la dejaba tan sudorosa y trastornada como un momentáneo fallo cardíaco.

La víspera, a hora muy avanzada, pasada la medianoche, atendió a la llamada telefónica del gobernador Wayne Talley, el más allegado consejero del presidente; y también empleó la fatídica palabra: *urgencia*.

—Hola Edna. ¿La desperté?

—No... no, estaba leyendo. —Entonces se dio cuenta de lo avanzado de la hora—. ¿Ocurre algo?

—Nada especial. Lo de siempre. Oiga, Edna, ¿si se encuentra mejor, puede venir mañana? ¿Cómo está del resfriado?

Ella tosió maquinalmente.

—Supongo que no me moriré. Sí, claro que iré a la oficina.

—Le agradecería que viniese pronto, lo más temprano posible. Se lo pide E. J.

—¿A qué hora?

—A las seis, si puede ser. Sé que es muy temprano, pero todos nos vemos obligados a arrimar el hombro. Los rusos nos hacen pasar un mal rato. E. J. se sentará muy temprano a la mesa de conferencias con Kasatkin. La conferencia comenzará alrededor del mediodía, hora de Frankfurt que corresponde a las siete de la mañana en Washington. Nos pondrán una conferencia telefónica directa desde Alemania a la sala del Gabinete, donde nos reuniremos siete u ocho personas. Queremos que usted se halle presente, por si tiene que dictarle algo personal. ¿De acuerdo?

—No faltaré, gobernador Talley.

—Siento molestarla así, Edna, pero hágase cargo de la urgencia.

Ya salió la palabreja: urgencia. Y la dejó como siempre, desconcertada.

El automóvil con chófer estaba ya esperando frente a su apartamento de estilo victoriano sito en la calle Sudeste

E, casi en la esquina de la Avenida de Nueva Jersey, cuando ella salió a las seis menos cuarto. A las seis y diez, cruzó el salón de lectura vacío a la sazón, que se encontraba en el lado reservado a la prensa del ala oeste de la Casa Blanca, para entrar con rapidez en su despachito, situado entre la sala del Gabinete y el despacho oval.

Después de dar las luces y colgar el abrigo junto a la librería, telefoneó a la planta baja, al comedor de la Armada, para pedir que le subiesen café bien caliente y una tostada. Mientras esperaba, empezó a sentir escalofríos y a estornudar, a causa de lo temprano de la hora y la falta de unas horas de sueño muy necesarias. Por culpa de aquella urgencia desconocida se había alterado su horario regular, dando al traste con su tranquilidad de espíritu. Se apresuró a buscar el paquete de Kleenex que llevaba en su bolso de piel, sacó uno a tiempo de contener un estornudo y después se sonó la nariz enrojecida e irritada.

Tratando de hacer caso omiso del dolor que sentía entre sus prominentes paletillas, decidida a iniciar su jornada de trabajo, se dirigió muy envarada hacia el espejito colgado en la pared al lado del armario archivador color beige, con su fea barra de seguridad aún asegurada por un candado en el centro, como prescribían las normas de seguridad. Se contempló con antagonismo en el espejo, parpadeando afligida al ver sus rígidos cabellos castaños, revueltos y alborotados, la ligera arruga que le surcaba la frente, los ojos abotargados y lacrimosos con sus ligeras bolsas colgantes, resultado de la falta de sueño, la nariz larga, afilada y brillante, y por último los secos y temblorosos labios.

Volvió a su mesa en busca del peine y la polvera. Sentada ante la máquina de escribir eléctrica de color gris se miró en el espejito de la polvera para componer en lo posible su apariencia. Sabía que sus facciones eran vulgares, pero cuando estaba bien arreglada, tranquila y descansada, incluso resultaban agradables. George Murdock decía

que eran más que adorables, y ella hubiera querido creerlo, pero después de oír a tantas personas decirle que tenía una cara muy expresiva, ya sabía que aquel eufemismo equivalía a decir que era fea. Desde luego, era una cara que no podía soportar tensiones, falta de sueño, ni siquiera un vulgar resfriado.

Se preguntó a quién o a qué podía atribuir la catástrofe de aquella mañana. No podía culpar a George. Al observar que estaba tan resfriada, él se mostró muy solícito y la obligó a regresar temprano a casa, después de cenar. Tampoco podía censurarse por haber permanecido despierta hasta después de medianoche, cuando la llamó Tally, tratando de leer pero, en realidad, pensando en el milagro de aquellos ocho meses de relaciones con George, mientras hacía cálculas y conjeturas acerca de los meses venideros. Al fin y al cabo, pensar y soñar en George era importante. Era la primera vez en sus treinta años de vida que podía entregarse a sueños secretos, a esperanzas sobre el futuro.

Durante seis años E. J. y el trabajo acapararon totalmente su espíritu. Pero a la sazón en su vida, había no sólo el presidente, sino otro hombre, ambos igualmente importantes –¡cómo le gustaría a George saber el elevado concepto en que lo tenía!–, y aquel placer bien valía que le dedicase parte de su precioso tiempo. Tampoco podía culpar a E. J. por el hecho de que aquella mañana se encontrara allí a las seis en vez de las ocho, con los desastrosos resultados que esto había tenido para el aspecto de su rostro. Había que desechar aquel pensamiento; vetarlo, era anticonstitucional. No, E. J. no tenía la culpa; E. J. era un hombre abnegado y magnífico, un gran hombre que en aquellos momentos estaba muy lejos, discutiendo y batallando con los jefes comunistas sobre Berlín, sobre África y sobre los planetas.

Entonces comprendió quién era el culpable; y como se trataba de una persona que llevaba pocos días en la tum-

ba, se sintió pesarosa y avergonzada. La culpa de su rostro cansado, lacrimoso y ajado la tenía el entierro del vicepresidente, celebrado diez días antes. Fue un día lluvioso y todos tuvieron que permanecer de pie, los altos personajes de la nación, y ella también, calados hasta los huesos y contemplando en silencio el féretro de roble, húmedo y brillante, que contenía los restos mortales de Richard Porter, mientras el sacerdote pronunciaba con voz aguda esta plegaria: «En las manos de Dios Todopoderoso entregamos el alma de nuestro difunto hermano y depositamos su cuerpo en la tierra; polvo fuiste, en polvo te convertirás nuevamente». Sin embargo, estaba segura de que no todos los que asistían al duelo prestaban la atención debida a aquellas palabras, pues la mayoría parecían hallarse aún anonadados por la súbita desaparición del vicepresidente, muerto de un repentino ataque cardíaco, el primero y último que sufrió. Parecía como si todos los presentes se dijese que beberían menos, no fumarían ni trabajarían tanto, serían más frugales en sus comidas y se harían reconocer con más frecuencia por el médico. Incluso el propio presidente, a pesar de ser un hombre joven y fuerte aún, un trabajador infatigable, un robot incansable en el campo de golf, dos días después del entierro, acudió al Hospital Walter Reed, la víspera de partir hacia Franckfurt del Main, para someterse a un completísimo reconocimiento médico.

El carácter irreal de aquel entierro según el rito episcopaliano no se había apartado aún de la mente de Edna Foster. Entonces se sintió al margen de la ceremonia, sensación que aún no se había desvanecido. La muerte del vicepresidente no le causó una impresión profunda, ni produjo tampoco un gran impacto entre la familia oficial, a no ser por su carácter repentino y porque recordaba a todos la fugacidad de la vida humana. Llegó a la conclusión de que esto se debía a la importancia relativamente escasa que tenía Porter. Su muerte no dejaba un vacío ni debilita-

ba a la nación. Había sido un buen figurón, un hombre afable como un corredor de comercio, rebotante de frases hechas, de ardidés políticos, de litros de vino añejo y actitudes tribunicias muy del agrado de los caricaturistas. Era un político profesional y candidato idóneo para la vicepresidencia, que se presentó a las elecciones para ganarse el apoyo del Far West, cuya actitud no estaba muy clara. Consiguió realizar su misión y la dejó en herencia a E. J. En efecto, éste era primer magistrado de la nación gracias a Porter, que consiguió que el pueblo lo llevase a la Casa Blanca por una abrumadora mayoría, sin que moralmente tuviese que compartir su triunfo con nadie. El pobre Richard Porter representó su papel, sirvió a su partido y al cuerpo electoral; sin él, la vida continuaría como antes. Era la decimoséptima vez en la Historia que el Gobierno quedaba sin vicepresidente, lo cual no representaba ya un hecho insólito. Era E. J. quien importaba tanto a Edna como al país.

Edna cerró su polvera y absolvió plenamente al difunto vicepresidente de toda culpa por su catarro nasal y sus marchitas facciones. Una vez reparados en lo posible los estragos y la cabeza más despejada, percibió el aroma del humeante café que habían dejado en una mesita, a su espalda. Por lo visto, un camarero del bar se había introducido en silencio para traerle el café, guardando al salir igual sigilo y ella, absorta en su tocado, no cayó en la cuenta ni pudo darle las gracias. Llevó a los labios la taza, la apartó vivamente, sopló para enfriarla y después, partiendo la tostada, empezó a mordisquearla y a beber pequeños sorbos.

Luego, sintiéndose ya mejor y más indulgente, dispuesta a perdonarlo todo y a todos, incluso que la hubiesen hecho levantar tan temprano, se puso en pie. En su reloj de platino, generoso regalo de la primera dama, vio que eran las seis y veintiséis minutos. Edna pensó que en aquel mismo instante, E. J. y su séquito debían abandonar

el Kaisersaal, el espléndido comedor que utilizaban los soberanos del Sacro Imperio Romano-Germánico y que estaba situado en el Roemer, el Ayuntamiento de Franckfurt, con sus cinco aleros. La prensa europea bautizó jubilosamente —ejemplo seguido por la prensa norteamericana— la reunión celebrada entre el primer ministro de la Unión Soviética y el presidente de los Estados Unidos, con el nombre de Conferencia de Roemer, aprovechando la ocasión para recordar a sus lectores que en el Ayuntamiento de Franckfurt se reunían en la Edad Media los mercaderes de todo el mundo para comerciar.

Bien, se dijo Edna, E. J. ha terminado ya de comerciar, esta mañana. En aquellos momentos, mientras recorría en su automóvil las varias bocacalles que lo separaban del palacio de Alte Mainzer, donde había establecido su cuartel general en Franckfurt, estaría pensando probablemente en las negociaciones de aquella tarde (allí) o mañana (aquí) y en lo que diría a los miembros escogidos del Gabinete y a los dirigentes del Congreso. Edna había visto fotografías del histórico dormitorio gótico que ocupaba el presidente en la planta baja del antiguo palacio, pues el Gobierno Federal de Bonn había aconsejado al presidente que se alojara en el antiguo palacio en vez de hacerlo en el consulado de los Estados Unidos, situado en la orilla opuesta del río Main, por ser más espacioso y pintoresco y estar situado más cerca de Roemer. Por lo que más sentía Edna haberse perdido aquel viaje, era por no haber tenido ocasión de visitar aquel palacio del siglo XIV.

En circunstancias corrientes, Edna viajaba con el presidente. Realizó con él cuatro viajes al extranjero lo que para una chica campesina de Wisconsin como ella, era tanto como ir al país de las hadas, pero aquél fue uno de los dos viajes que se perdió, por culpa del maldito catarro. No conocía Franckfurt, y aunque Tim Flannery, el secretario de prensa de la presidencia, le aseguró que no valía la pena, pues el Franckfurt de la postguerra era una metrópoli gris,

industrial, de tipo suizo, cuyos monumentos más interesantes eran el edificio de la I. G. Farben y el que albergaba la emisora del Estado de Hesse, sendos abortos de la ingeniería moderna, Edna opinaba de manera diferente. Sabía que los bombardeos aliados que destruyeron el Franckfurt medieval en 1944 habían dejado intactos, por una especie de milagro, dos polvorientas y vetustas maravillas arquitectónicas del siglo XIV: la catedral de Franckfurt y el palacio Alte Mainzer, de tres plantas, que albergaba al séquito presidencial. Edna viajaba del mismo modo que trabajaba, o sea con eficiencia, y no le daba vergüenza coleccionar palacios, castillos y museos, que algún día le servirían para instruir a sus hijos. La posibilidad de que una persona soltera como ella, y más que soltera casi solterona, pudiese tener hijos, volvió a Edna a la realidad y de nuevo pensó en George Murdock. Lamentaba no haber podido incluir en su colección el palacio Alte Mainzer, pero esto quedaba compensado por el hecho de poder estar con George toda la semana.

Sobresaltada, se dio cuenta de que había permanecido de pie junto a la mesa, divagando, más de cinco preciosos minutos, mientras que a casi cinco mil kilómetros de distancia, en Franckfurt, el presidente se acercaba al teléfono del antiguo palacio y ella aún no había hecho los preparativos necesarios para recibir la llamada en la sala del Gabinete. Se apresuró a buscar en su mesa la lista de los que asistirían a la conferencia y, al no encontrarla, supuso que Wayne Talley la habría dejado, por la fuerza de la costumbre, en la propia mesa del presidente.

Echó a correr para abrir la puerta más próxima a su izquierda y después pasó apresurada sobre la alfombra, en dirección a la maciza mesa Buchanan color caoba situada al extremo opuesto del despacho del presidente. En la carpeta verde no había nada, ni tampoco en la bandeja destinada al correo, en la que se depositaba diariamente una nota con los compromisos de E. J. Preocupada, miró a

su alrededor, hasta que consiguió ver la hoja de papel que Talley depositó allí para ella, sujeta por un extremo bajo el negro teléfono, aquel teléfono de aspecto tan engañosamente ordinario y que tantas decisiones trascendentales había transmitido.

Tomó la hoja y recorrió con la mirada la lista de nombres mecanografiados: el propio Talley, desde luego; Arthur Eaton, secretario de Estado, naturalmente; el senador Selander, jefe de la mayoría en el Senado; el diputado Wickland, jefe de la mayoría parlamentaria; el senador Dillman, presidente interino del Senado; el general Fortney, jefe del Estado Mayor conjunto; Mr. Stover, subsecretario de Asuntos Africanos del Departamento de Estado; Mr. Leach, el taquígrafo, ocho en total. Éstos serían los reunidos aquella mañana.

Mientras salía con pasos medidos del despacho presidencial, estudió la lista, y sobre la marcha sacó algunas conclusiones particulares. No era necesario ser Scott, de la CIA, ni Lombardi, del FBI, para hacer una revisión exacta, contando con los datos necesarios. Edna hizo la predicción para sus adentros, pues aquel juego le gustaba casi tanto como los crucigramas y los acrósticos que guardaba para los fines de semana. La llamada de urgencia del Presidente y la conferencia a que daría lugar, se dijo, estaría dedicada casi totalmente al África y a los problemas suscitados por la nueva República de Baraza. La presencia del subsecretario de Asuntos Africanos así lo indicaba. Hablarían también de presentar al Congreso, para su aprobación, y pese a la actitud reticente de los diputados, la ratificación de la adhesión de los Estados Unidos al Pacto de Unidad Africana, que era muy poco popular. Era posible que también se mencionase la cuestión de una renovada ayuda económica a las nuevas naciones independientes del África. Así hacía pensarlo la presencia de dos senadores, un miembro del Congreso y un general. La asistencia de Talley y del secretario de Estado Eaton nada significaba